



JAPON (y II)

EL DESPERTAR DEL SOL NACIENTE

Frente a la sede de un conocido periódico de Tokio se agolpa de pronto un compacto grupo de dos o tres centenares de hombres, todos ellos vestidos de azul. Llevan la frente ceñida con un pañuelo, y en la pechera que se han puesto estallan grandes caracteres rojos. Se cogen del brazo y comienzan a cantar. El balanceo de sus cuerpos marca el compás de las coplas. Una bandera ha surgido, no se sabe de dónde.

«Son obreros y empleados del periódico —oigo decir—. Acaban de declararse en huelga».

Media hora más tarde, cada cual está en su trabajo. Pero se ven banderolas en los talleres. Parte de los «huelguistas» conservan el pañuelo en la cabeza

o llevan un brazalete. Mañana por la mañana volverá a producirse una manifestación ante el edificio, y luego se reanudará el trabajo con las mismas señales de protesta y descontento.

Así es como los asalariados apoyan la tradicional «ofensiva de primavera» de los Sindicatos, ofensiva que tiene por objeto establecer aumentos anuales de salarios.

Tales manifestaciones no afectan a la totalidad de las empresas, sino tan sólo a aquéllas en las que la discusión a nada conduce, aquellas empresas en que patronos y Sindicatos se hallan enfrentados por serios desacuerdos. Al no provocar más que breves paros en el trabajo, los obre-

ros demuestran compartir la preocupación por los intereses y el porvenir de la empresa. Al hacer estallar su desacuerdo a la luz del día, echan en cara a los responsables de la empresa el que, por su intransigencia, no hayan sabido evitar que el público sea testigo del descontento reinante en la casa. Los Sindicatos vuelven así contra los patronos los argumentos paternalistas que éstos no cesan de esgrimir.

La mayoría de las grandes sociedades japonesas (las cosas se presentan de modo diferente en lo que a la gran masa de pequeñas empresas se refiere) relictan a sus cuadros, empleados y obreros para toda una vida de trabajo. Se entra en una empresa

como se entra en la Administración del Estado. A falta de un retiro, podrá beneficiarse de ciertas garantías ofrecidas por la casa y se tendrá la seguridad de ver que el salario aumenta según la ancianidad. Un ingeniero contratado a su salida de la Universidad ganará en sus comienzos menos que el oficinista, de su misma edad, reclutado cuatro años antes. Pero no dejará de progresar... hasta los cincuenta años, es decir, hasta el momento en que la empresa decida renunciar a sus servicios. Puede, como es natural, en ese intervalo, pasar a otra empresa, pero a costa de perder todas las ventajas adquiridas.

Esto explica el hecho de que,

a excepción de los servicios públicos y el sector de la enseñanza, los Sindicatos se organicen sobre la base de la empresa. Lo cual no les impide afiliarse, si así lo desean, a una central nacional: la Sohyo —la más importante de todas, con cuatro millones de afiliados—, la Domei —cercana a la social-democracia— o la I. M. F. J., claramente más abierta a la «colaboración de clase». Pero tales centros apenas tienen ocasión de iniciar acciones a gran escala. El espíritu de empresa sigue siendo en todas partes extraordinariamente fuerte. Así, en función de los resultados obtenidos en la empresa, se negociarán los aumentos de salarios y la fijación de los «bonos», que, dos veces por año, vendrán a completar (con frecuencia, en una proporción de entre un 20 y un 30 por 100) las remuneraciones mensuales.

Kaoru Ohta, que fue durante mucho tiempo presidente de la Sohyo, me ha relatado casos de importantes acuerdos firmados con los patronos y con el Gobierno, destinados a proteger a los trabajadores contra los despidos abusivos y a garantizar indemnizaciones a los obreros y empleados afectados por cierres de empresas (incluidas las bases americanas) o por las medidas de autolimitación de exportaciones.

«Y, sin embargo —me dice—, ocurre que las condiciones de trabajo son cada día más insostenibles. Se producen numerosos accidentes en los astilleros navales, donde los soldados deben trabajar bajo un sofocante calor de cincuenta grados, y donde los pintores no están protegidos contra los vapores, que provocan entre ellos muchos desvanecimientos. Verdad es que la mayoría de estos soldados y pintores son obreros eventuales y que no se afilian más que a Sindicatos reaccionarios. Pero por lo menos constituyen uno de los aspectos del «milagro» japonés que, por lo general, se evita mencionar».

El contrato vitalicio y el respeto a la regla de la ancianidad no son los únicos rasgos originales de la gran empresa nipona. Hay que añadirles la consulta, la búsqueda del consensus. Los patronos jamás adoptan una decisión importante sin antes haber sometido el proyecto a sus inmediatos colaboradores, que, a su vez, consultan con los cuadros situados bajo sus órdenes. Rara vez será puesto el proyecto en tela de juicio, pero con frecuen-

cia volverá retocado. El patrono necesita siempre la aprobación de sus consejeros y jefes de servicios.

Este sistema no es exclusivo de las empresas, sino que caracteriza a toda la sociedad, y en especial a la sociedad política. Igual que la India, el Japón se ha visto dotado de repente de instituciones parlamentarias sin haber conocido las situaciones que marcaron el nacimiento del parlamentarismo en Europa y América. Las bases de estas instituciones son, pues, diferentes, aunque su funcionamiento pueda parecer muy similar a primera vista. En el Japón se ha pasado, sin solución de continuidad, del más puro sistema feudal al moderno capitalismo. Era, pues, inevitable que volvieran a aparecer costumbres y prácticas feudales en medio de la sociedad industrial.

En ferreo conocido

El militarismo podía indudablemente hacer de puente entre esos dos universos tan distintos en su lógica interna y en su organización. Pero en todo caso sería un puente provisional. El Ejército conservaba una visión arcaica del mundo, y en cualquier caso no representaba más que uno de los aspectos de la tradición feudal. El otro aspecto —mucho más fácil de integrar en el proceso de desarrollo económico— era precisamente la relación paternalista, el consenso que el señor pedía a sus vasallos.

Los diputados elegidos por circunscripciones mediante votación nominal (al término de costosísimas campañas) son, con los «managers» de las grandes empresas, los nuevos «dalmos», a los que el actual «shogun», es decir, el jefe del Gobierno, considerará obligado consultar. Pero al obrar así, éste no trata tanto de establecer compromisos con los diputados cuanto buscar la aprobación total o parcial de su política. Es preciso, en cualquier caso, que gracias a los debates parlamentarios, el país tenga la impresión de haber sido consultado.

¿Quiere decir esto que la oposición acepta el sistema y participa, sin engaños, en este juego de la nueva sociedad japonesa? La respuesta es, a primera vista, negativa.

Al tomar contacto con la iz-

quierda japonesa, uno tiene la impresión de pisar un terreno conocido, de regresar a Occidente. Existen un partido socialista de izquierdas y un partido socialdemócrata. De los dos, el primero es el más importante. Como en Italia e igual que en Chile. Se aprecia una enorme diferencia entre el total de votos, considerable, que obtienen estos partidos y el pequeño número de militantes sobre los cuales se apoyan. Como ocurre en Francia. Existe un partido comunista prosoviético que desea aliarse con los socialistas y al que todos tachan de «reformista». El cuarto partido de la oposición, el Komeito, es, sin duda, más difícil de definir, ya que se trata de un partido religioso. Pero, ¿por qué no iba a haber, después de todo, budistas de izquierda?

Todos esos partidos pertenecen a la oposición parlamentaria (1). La oposición extraparlamentaria nos resulta todavía más familiar, si cabe, a los occidentales. Cuatro organizaciones trotskystas. Tendencias «espontaneístas» cuyos representantes evocaron en mi presencia ciertos recuerdos del «22 de marzo» en Nanterre. Un movimiento estudiantil dividido, una de cuyas fracciones está controlada por los comunistas. Y, por último, grupos prochinos que no se parecen, es verdad, a los europeos, por la sencilla razón de que es más fácil hacerse una determinada idea de la China a 15.000 kilómetros que a 1.000 solamente.

La existencia de tantos puntos comunes con las izquierdas europeas me hizo desconfiar. Traté, pues, de buscar las posibles diferencias, y muy pronto pude apreciar cuán considerables eran también éstas.

La primera de las diferencias estriba en el decisivo papel desempeñado por la política internacional en las luchas de izquierda japonesa. La firma del tratado americano-nipón, los acuerdos con Corea, la evacuación de Okinawa y de las demás bases americanas, la continuación de la guerra de Vietnam, la actitud frente a la China comunista y la eventualidad de una remilitarización del país: estos han sido,

(1) La Cámara de Diputados cuenta actualmente noventa socialistas, treinta social-demócratas, catorce comunistas, cuarenta y siete miembros del Komeito, dos independientes y doscientos noventa y nueve miembros del partido liberal demócrata.

desde hace veinte años, es decir, desde el final de la guerra de Corea, los temas en torno a los cuales las izquierdas japonesas han montado sus campañas. Son, en cualquier caso, los únicos que han permitido a los Sindicatos Sohyo organizar, no sin riesgos, huelgas de carácter político.

En comparación, los problemas de política interior no han jugado más que un papel secundario. Los partidos de izquierdas han apoyado, naturalmente, las reivindicaciones sindicales en materia de aumentos salariales, han denunciado los graves problemas de la contaminación del ambiente y han exigido más amplios poderes para el Parlamento. La extrema izquierda, por su parte, ha puesto brutalmente en evidencia las incoherencias de un sistema educativo totalmente superado por el vertiginoso aumento de los efectivos universitarios (1.600.000 estudiantes de un total de 100 millones de habitantes: lo que supone el más alto porcentaje del mundo después de los Estados Unidos). Pero no hay auténtica solución de recambio opuesta a la política del régimen. Es como si la eficacia de un sistema capaz de elevar anualmente en un diez por ciento la renta nacional no permitiese poner en tela de juicio más que el modo de repartición de esa renta.

El antiamericanismo

Pregunté al señor Narita, presidente del partido socialista, cuál podría ser el programa de coalición que le gustaría constituir con los cuatro partidos de la oposición (2). «Nos proponemos, me contestó, poner fin al tratado de seguridad firmado con los Estados Unidos, restablecer relaciones diplomáticas con China, reducir al mínimo necesario los efectivos de nuestra fuerza de autodefensa, asegurar el respeto de la democracia parlamentaria y mejorar el bienestar de las masas populares».

Aludí a la eventualidad de ciertas medidas de nacionalización. «Naturalmente que no somos en absoluto hostiles a tales medidas.

(2) Pero los social-demócratas y el Komeito no quieren saber nada de una alianza con los comunistas. Estos últimos quisieran limitar el frente popular a las fuerzas socialistas y comunistas.

EL DESPERTAR DEL SOL NACIENTE

Pero no sería serio proponerles este objetivo a nuestros aliados».

Respuesta tanto más significativa cuanto que Narita no se sitúa a la derecha del partido, sino que pertenece a la fracción Sasaki, continuadora de un grupo ideológico de la preguerra, el grupo Rono, al que cabría calificar de «luxemburgista» (de Rosa Luxemburgo) si no se hubiese mostrado hostil a la conquista violenta del poder. A la izquierda del grupo de Narita (que constituye el 40 por 100 del partido) se encuentran un pequeño grupo trotskysta y la fracción prochina Dochikai (20 por 100); a su derecha, la fracción Katsumata (diez por ciento) y la fracción Eda (30 por 100).

Sin embargo, en la medida en que se muestra decididamente antiamericano y no en la medida en que defiende un proyecto de transformación radical de la sociedad japonesa, el partido puede ser considerado como «socialista de izquierdas». Es indiscutible la orientación antiimperialista y antimilitarista de su lucha. Sus dirigentes no dejan pasar una, no vacilando nunca en revelar directa o indirectamente a través de periodistas amigos lo que el Gobierno considera como secretos de Estado. La publicación de un documento en torno a las condiciones de evacuación de Okinawa por los americanos, y la posterior divulgación de un proyecto de creación de una fuerza naval integrada nipamericana pusieron en un aprieto al Gabinete Sato. La detención del periodista que suministró la primera información al respecto no puede decirse que reforzara la posición del primer ministro, ya que el juez decretó casi inmediatamente la puesta en libertad provisional del citado periodista.

Esta lucha incesante, llevada a cabo por el partido socialista, impresiona a las fuerzas antiimperialistas del mundo. Es lícito, sin embargo, preguntarse si las simpatías que la misma despierta en gran parte de la opinión pública interior no representarán un resurgir del sentimiento nacional japonés —exacerbado por las secuelas de la dominación yanqui— más que una afirmación de internacionalismo. Lo que ocurre en la extrema izquierda tiende a confirmar esta hipótesis.

La extrema izquierda, al igual que ocurre en otras latitudes, no se limita aquí al mundo estudiantil. Pero como en otras partes,

son aquí los estudiantes quienes constituyen a la vez la punta de lanza y la masa de maniobra.

El cine y la televisión nos han ofrecido, en el transcurso de los últimos años, extraordinarias imágenes de combates callejeros entre estudiantes provistos de casco y de largas lanzas de bambú y policías protegidos con escudos y equipados como guerreros medievales. Estas luchas comenzaron en 1960 a raíz de la firma del tratado americano-japonés. Continuaron en 1965 con el movimiento de protesta contra la alianza coreana, y cobraron proporciones extraordinarias en 1967, cuando fueron obstruidas por los manifestantes todas las carreteras que llevaban al aeródromo donde Sato debía tomar su avión con rumbo a los Estados Unidos. Y culminaron en 1968, año en que las Universidades de Todai y de Nichidai fueron teatro de violentos combates.

La necesidad de violencia

A partir de 1969, la situación comenzó a modificarse debido a tres factores principales: en primer lugar, una severa represión gubernamental; en segundo lugar, el desarrollo de las luchas fratricidas en el seno de las sectas «izquierdistas» (se cuentan actualmente unas cuarenta de estas sectas); por último, la creciente influencia del partido comunista. La famosa Zengakuren, que agrupaba a todas las asociaciones estudiantiles, sufrió una

escisión, pero su rama más importante, la Zengakuren Minsei, está actualmente animada por los comunistas, que tratan de compensar su débil influencia entre los obreros con una penetración continua en los medios intelectuales —sobre todo, entre los profesores— de las clases medias.

La denuncia de las formas de acción violenta explica en parte el éxito del P. C. J. El partido socialista que había querido mantener lazos con los grupos «izquierdistas» se ha visto finalmente obligado a repudiarlos. Esta violencia no se manifiesta únicamente en los enfrentamientos con la Policía, sino que deja también sentir sus efectos sobre las relaciones entre distintos grupos extremistas. La matanza llevada a cabo en el seno del Ejército rojo unificado representa indudablemente un caso extremo. Una especie de locura colectiva parece haberse apoderado de ese pequeño grupo de militantes que es producto de una disensión comunista (Bundo) y de otra trotskysta (Chūkatsu). Pero oí hablar de varios casos de torturas infligidas por los miembros de una secta a los afiliados a una facción rival.

Hay quien relaciona este fenómeno con las crueles costumbres del antiguo Japón, así como con la tradición de las sociedades secretas. No rechazo de plano este tipo de explicación, pero confieso que no me satisface del todo. Me han interesado, por el contrario, las explicaciones de ciertos estudiantes que hablan de la necesidad de la acción corporal, del cuerpo a cuerpo.

«Mostramos muchas veces, me han explicado esos estudiantes, una tendencia demasiado acusada a padecer el imperio de las palabras, a entregarnos a una especie de violencia estética. Es preciso que más tarde o más temprano demostremos que no somos solamente revolucionarios de pensamiento. Los comunistas, que se confiesan actualmente legalistas, nos enseñaron a utilizar una serie de fórmulas a las que queremos dotar de un contenido concreto». El espectacular «hara-kiri» del escritor nacionalista Yukio Mishima ha sido objeto de la admiración de gran parte de los militantes «izquierdistas». Fue un hombre capaz de morir por sus ideas.

Sumisión a los Estados Unidos

Se trata de una forma extrema del rechazo de los valores de la sociedad de consumo por parte de un sector de la juventud. Pero, ¿por qué se rechaza esa sociedad? ¿Porque se basa en la explotación de la clase obrera? ¿O tal vez porque se ajusta demasiado a un modelo extranjero? Sin duda, por ambas cosas. Pero no estoy seguro tampoco de que la primera razón sea más poderosa que la segunda. Tanto entre los activistas de la violencia como los partidarios de los métodos de acción pacífica —socialistas y comunistas— aflora a cada instante un mismo sentimiento: «Nuestros dirigentes nos humillan con su actitud de sumisión frente a los Estados Unidos».

Como hemos visto, esta sumisión es muchas veces más aparente que real. Los dirigentes japoneses han recreado las bases de un imperialismo no militar, más prudente, pero también más poderoso y eficaz que el imperialismo de antaño. Llegará un momento en que esos dirigentes se sentirán lo suficientemente fuertes como para estrechar sus relaciones con China mientras se apartan de los Estados Unidos. Será el momento de la verdad para la izquierda y la extrema izquierda japonesas. Es cierto que ese momento coincidirá con el fin del «milagro» económico japonés y la asunción por el país de las contradicciones comunes a las demás sociedades industriales. El socialismo japonés tal vez encuentre entonces su oportunidad. ■ G. M.

